

Históricas Digital

Antonio Rubial García
Jessica Ramírez Méndez

“La ciudad fortaleza de los conquistadores
y la reocupación de los cuatro rumbos indígenas
(1521-1530)”

p. 20-36

Ciudad anfibia
México Tenochtitlan en el siglo XVI

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

104 p.

Mapas

(Históricas Comunicación Pública 2, Historia en Breve)

ISBN 978-607-30-7256-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/809/ciudad-anfibia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

LA CIUDAD FORTALEZA DE LOS CONQUISTADORES Y LA REOCUPACIÓN DE LOS CUATRO RUMBOS INDÍGENAS (1521-1530)

4 Tochtli, 1522. ¶[...] los mexicas regresaron a Tenochtitlan, regresaron a sus casas; las encontraron con huesos esparcidos [por todas partes], y las mujeres llegaron cargando sus pertenencias y a sus niñitos. ¶Domingo Chimalpáhin, *Séptima relación*, p. 165.

En 1519 llegaban a Tenochtitlan las noticias del arribo, a las playas de Chalchicueyecan, de casas flotantes de las que salieron seres blancos y barbados acompañados con animales aún más extraños que ellos. Dos años después, esos hombres y sus numerosos aliados indígenas tomaban con violencia el islote, después de un sitio que duró tres meses. Hernando Cortés, el capitán que dirigía a ese ejército hispano-indígena, asentó su centro de mando en Coyoacán, mientras se removían de Tenochtitlan los escombros, se enterraban los cadáveres y se evacuaba a los sobrevivientes afectados por el hambre, las epidemias y el saqueo.

Hernando Cortés decidió mantener la sede del antiguo poderío mexica como capital de Nueva España debido a su situación insular estratégica, a su capacidad económica y a su importancia como centro receptor de tributos. Como parte de esa determinación, el conquistador encargó al geómetra Alonso García Bravo el diseño de la nueva urbe. Éste concibió la traza española como un núcleo cuadrangular de unas trece cuadras, utilizando las calles y canales prehispánicos, pero adaptándola a la cuadrícula de damero propia de las ciudades ideales del Renacimiento, como la de Santa Fe de Granada.

Las tres calzadas principales que unían a la isla con tierra firme continuaron en uso y se restauró el acueducto de Chapultepec que abastecía de agua potable a sus habitantes. De hecho, en esa salida rumbo a Tlacopan (Tacuba) se dejó una gran explanada para facilitar la huida de los españoles en caso de alzamientos indígenas. Sobre la margen oriental de la isla, en los antiguos muelles hacia el lago de Texcoco, se construyeron las atarazanas, una fortificación militar que albergó los trece bergantines utilizados en la Conquista, cuyo embarcadero muy pronto llegó a ser inoperante. Cortés mandó construir una segunda fortaleza en la salida hacia la calzada de Iztapalapa, fortificación que muy pronto dejó de funcionar como tal y se convirtió en el rastro de carne. Mientras tanto, conforme se pudo, el Templo Mayor y sus alrededores comenzaron a ser sistemáticamente destruidos para dar cabida a las casas de los nuevos habitantes españoles. Por su parte, poco a poco los indios regresaron a su ciudad y se acomodaron en los barrios donde habían vivido, y que no sufrieron la devastación o no fueron ocupados por la traza hispana.

A un año de la caída de Tenochtitlan, una real cédula fechada el 15 de octubre de 1522 confirmaba a Hernando Cortés como capitán general y le daba el cargo de gobernador del territorio que él mismo llamara Nueva España. Para desempeñar algunas de sus funciones administrativas, judiciales y militares —las cuales de hecho venía ejerciendo desde hacía un año— nombró autoridades subalternas: un alcalde mayor de justicia para la capital, tenientes de gobernadores para cada región sometida y cabildos municipales, con alcaldes elegidos por él, para el gobierno de las villas de españoles. En los pueblos indígenas mantuvo el gobierno de los antiguos dirigentes, sobre todo en aquellos que colaboraron en la toma de la ciudad mexicana.

En la capital, el gobernador compartía su poder con un cabildo de vecinos formado por los conquistadores, que funcionaba al mismo tiempo como su apoyo y su contrapeso. Para beneficiarlo, el capitán le asignó los tributos de seis pueblos en los márgenes del lago: Iztapalapa, Mexicalzingo, Churubusco, Culhuacán, Cuitláhuac y Mixquic. El control de Cortés sobre el cabildo era tan fuerte que sus sesiones se realizaban en su propio palacio, al

igual que las reuniones con los alcaldes mayores y ordinarios. En ese espacio, construido en las llamadas “Casas Viejas” que habían pertenecido al *tlatoani* Axayácatl —donde hoy se encuentra el Monte de Piedad—, se tomaban decisiones que afectaban tanto a la ciudad como a todo el reino. Incluso, las funciones religiosas se centraban ahí, pues en su capilla se celebraban las misas dominicales al no existir todavía un templo en forma.

En ese tiempo, Cortés y su cabildo repartieron solares en la ciudad hacia la salida de las calzadas de Iztapalapa, Tepeyac y Tlacopan y, a los lados de esta última, algunas tierras destinadas para huertas. Tales sitios eran paso obligado entre el islote y la tierra firme y se pensaban como los más propicios para ser tomados por los indios en caso de un levantamiento. Así, al acomodar ahí a la población española, las calzadas estarían resguardadas. En cambio, no fue prioridad poblar la zona oriente, ya que contaba con una barrera natural al colindar con el lago de Texcoco.

Precisamente, a lo largo del siglo XVI los españoles privilegiaron la ocupación de la zona poniente sobre la oriental por cuestiones de seguridad, por la propia estabilidad del terreno —menos fangoso— y por ser tierra más productiva y zona considerada más saludable, mejor abastecida de agua potable y con menor riesgo de inundación. De hecho, el cuadrángulo ideal trazado por García Bravo cobraría sentido sólo a mediados del siglo XVI pues, antes de ello, la ciudad española se articuló principalmente sobre un eje, la calzada de Tlacopan y, en segundo término, sobre la de Iztapalapa. En contraste, como seguiremos viendo, el oriente y en especial la zona norte constituían un espacio de gran peso simbólico para los mexicanos, no sólo por ser el de la salida del sol y por estar vinculado con Huitzilopochtli, o por la construcción de una memoria mítica en torno a los primeros pobladores, sino porque ahí estaban las casas del linaje reinante antes de la llegada de los españoles: el de Moctezuma Xocoyotzin.

Las condiciones que impuso el cabildo a los nuevos vecinos para la entrega de solares en la ciudad y en sus alrededores era edificar y bardear, es decir, ocuparlos y vivirlos. Pero eso pudo llevarse a cabo sólo de manera parcial, pues algunos de los conquistadores que habían recibido espacios en la ciudad se fueron a las tierras de sus encomiendas; otros, a las nuevas

campañas militares que, siempre gracias a los ejércitos indígenas aliados, sometieron Coatzacoalcos, Oaxaca, Chiapas, Guatemala, Pánuco. Fueron muchos los colonizadores que se asentaron como vecinos en las nuevas ciudades creadas para colonizar y nunca regresaron a la capital. Hubo también quienes se quedaron con el solar recibido, lo dejaron baldío o procedieron a venderlo.

Muchos de los conquistadores que edificaron casa en la ciudad la construyeron a manera de fortaleza, con gruesos muros y almenas, por miedo al ataque de la población indígena, que era una abrumadora mayoría. En sus *Diálogos* escritos más de tres décadas después de la Conquista, Francisco Cervantes de Salazar hacía hincapié en lo alineadas que estaban las casas y en lo sólido de sus construcciones —“no eran casas, sino fortalezas” con “torres y murallas”— pues sólo al “resguardar la ciudad” los españoles podían estar seguros. Ese mismo temor movió a Cortés y a sus hombres a organizar despliegues militares y torneos, con ruido de artillería y música marcial, para recordar el poder de sus caballos y de las armas de fuego a los habitantes indios y a los embajadores que venían de otros señoríos.

Por otra parte, los cuadrantes indígenas recobraban a la población que había salido huyendo de sus hogares devastados. Para el gobierno y control de los indígenas de Tenochtitlan, Cortés designó a Tlacotzin, a quien se bautizó con el nombre de Juan Velázquez. Éste había sido el *cihuacoatl* de Moctezuma II y de Cuauhtémoc, es decir, el segundo funcionario en importancia después del *tlatoani*. A diferencia de lo que hizo con sus aliados —los señores de Texcoco, Tlaxcala y Michoacán—, el conquistador desconfiaba de los miembros de las familias vinculadas con los *hueytlatoque* tenochcas, por lo que no nombró a sus descendientes directos. Como en el caso de Tenochtitlan, Cortés no investió para el gobierno de Tlatelolco a algún integrante de la casa real, sino a uno de la nobleza guerrera (*cuauhpilli*): a Pedro Temilotzin. Con él se restituía el señorío tlatelolca pues, desde su derrota en 1473 en manos de los mexicas, Tlatelolco había sido gobernado por jefes militares de Tenochtitlan.

Temilotzin se hizo cargo del importante mercado de Tlatelolco, mientras que a Tlacotzin se le encargó el abasto urbano

dándole el mando de otro gran mercado, conocido por su nombre cristiano, el “de Juan Velázquez”, que se situaba a orillas de la traza, cerca de la fuente de agua y a la salida que iba a Tlacopan. El nuevo gobernante indígena debía también hacerse cargo de las obras hidráulicas necesarias para mantener la ciudad libre de inundaciones.

Ésa era una responsabilidad vital, sobre todo porque con la llegada de los españoles se rompió el complejo equilibrio que habían logrado los mexicas en su dominio del ámbito lacustre. Los castellanos y extremeños venían de un territorio semiárido donde el vital líquido escaseaba; aparejado con ello, su experiencia durante la conquista con las calzadas de agua y la laguna no había sido muy positiva. Por ello, no parecían especialmente interesados en entender el funcionamiento que tenían los canales, los diques y las calzadas en el mantenimiento de los niveles del agua. Pero el tema no era cosa menor. Durante el asedio, fue necesario romper el dique de Nezahualcóyotl para que pudieran atravesar los bergantines construidos en Texcoco para tomar la ciudad; pero al no repararlos, la ciudad quedó vulnerable al flujo de agua salobre que venía de esa parte del lago. Esto fue el inicio de la gran transformación física del islote.

En ese acelerado cambio del paisaje incidió también el aumento de los medios terrestres para transportarse —como los caballos y carruajes—. Esto, junto con el paulatino incremento en el flujo peatonal, generó mayor necesidad de calzadas de tierra para lo que varios canales de agua se cegaron con tierra. El islote “flotante” tenía así que soportar más peso pues al de la densidad poblacional, que iba en aumento, se sumaba el de las “sólidas” calzadas, así como las nuevas y aglomeradas edificaciones. La construcción de esta numerosa infraestructura generó deforestación en las cordilleras vecinas ante la necesidad de madera. Consecuencias inmediatas de la tala inmoderada fueron las constantes inundaciones y, con ello, que el flujo salitroso del lago de Texcoco pasara hacia la laguna de México ocasionando un descenso en la productividad de las numerosas chinampas del entorno. Por ello, el abasto externo se hacía cada vez más necesario y, también por eso, los conquistadores que vivían en la capital y habían recibido pueblos en encomienda en

sus cercanías comenzaron a exigir que se les llevaran los tributos a sus domicilios. No era raro, además, que los encomenderos vendieran en los mercados indígenas parte de los productos tributados por sus pueblos, especialmente en el de Tlatelolco que siguió funcionando como el principal centro en este sentido.

A la explotación de las poblaciones indígenas vecinas se unió la turbia y caótica situación política después de 1524, provocada sobre todo por la ausencia de Cortés quien emprendió una malograda expedición a Las Hibueras —hoy Honduras— para someter a Cristóbal de Olid, uno de sus capitanes más cercanos que lo traicionaron. Ese año dos hechos marcaron profundos cambios en la ciudad. El primero fue la llegada de un contingente franciscano de doce frailes castellanos que se unieron a los tres flamencos arribados el año anterior. Estos religiosos cumplieron a futuro un importante papel como vínculo entre los gobiernos indígenas y las autoridades virreinales. El segundo fue que, al marchar Hernando Cortés a Las Hibueras, se llevó a los gobernantes destituidos de Tenochtitlan (Cuauhtémoc), Tezcoco (Coanácoch) y Tlacopan (Tetlepanquétzal), así como a los señores nombrados para gobernar a los indios: Tlacotzin de Tenochtitlan y Temilotzin de Tlatelolco. Con ello generó el caos tanto entre los españoles como en las ciudades indígenas.

Aunado a lo anterior, los repartos que el conquistador había hecho de solares y encomiendas entre el pequeño grupo de sus allegados provocaron mucho descontento, a la vez que las fuertes pugnas entre facciones amenazaron con volverse una guerra civil. Cortés encargó el gobierno a Alonso de Estrada y a Rodrigo de Albornoz, pero apenas partió a Las Hibueras comenzaron los conflictos entre los amigos y enemigos del capitán. Ante tal situación, tomaron el mando los oficiales de recaudación de tributos enviados por el rey: Gonzalo de Salazar y Peralmíndez Chirinos quienes, aliados con los disidentes, cometieron muchos atropellos contra los seguidores del conquistador. A Rodrigo de Paz, mayordomo de Cortés, alguacil mayor y regidor de la ciudad, se le torturó y ahorcó. Poco después, fray Toribio de Motolinía, a quien don Hernando dejó para apaciguar las tensiones, entró en conflictos con el cabildo por defender a los “cortesianos” y convirtió al convento de San

Francisco en centro de reunión de sus partidarios. Reinaba el caos, sobre todo cuando a Cortés se le dio por muerto a finales de 1525. Sin embargo, a principios de 1526, los usurpadores fueron desplazados en el cabildo por partidarios del capitán, quien regresó de Las Hibueras el 19 de junio.

En cuanto a la dirigencia indígena, el conquistador nombró a Andrés de Tapia Motelchiuhtzin, pues Juan Velázquez Tlacotzin había enfermado y muerto durante la expedición a Las Hibueras. Tampoco regresaron de ella Cuauhtémoc ni los *tlatoque* de Tlacopan y Texcoco, a quienes se acusó de conspiración y se les ahorcó.

Motelchiuhtzin estableció el centro político de la ciudad indígena en el cuadrante de San Pablo Teopan donde estaba su palacio. Este segundo periodo de gobierno de Cortés fue muy breve; sólo duró 19 días, pero fueron suficientes para darse cuenta de la conflictiva situación que se generó durante su ausencia entre sus amigos y sus enemigos. Un juez enviado desde España, Luis Ponce de León, llegó el 2 de julio para abrirle un juicio de residencia al capitán, tomarle cuentas de su conducta y destituirlo en el mando civil y judicial. Días después Ponce cayó enfermo y, antes de morir, delegó sus funciones a Marcos de Aguilar, quien sólo logró ejercer el cargo seis meses pues también feneció en 1527.

Ese año se nombró a un nuevo juez-gobernador, Alonso de Estrada, con el encargo de hacer el juicio de residencia a don Hernando, quien continuaba con el control del cabildo y, de hecho, gobernaba. La actuación de este último juez, cuyos intereses privados pesaron más que los de la Corona, ahondó las fricciones y generó tales conflictos con Cortés y sus seguidores que el rey decidió establecer una audiencia, con amplios poderes de gobierno y justicia, para acabar con la crítica situación.

Sin embargo, el papel de esa nueva autoridad (1528-1530) fue aún más negativo que el de las anteriores. Su presidente, Nuño Beltrán de Guzmán, así como los oidores Juan Ortiz de Matienzo y Diego Delgadillo, arrebataron a Cortés y a sus partidarios sus propiedades y bienes, aumentaron los tributos y servicios personales de los indios, permitieron su esclavización y se aprovecharon de sus cargos para enriquecerse. Aunque Guzmán atacó a algunos miembros de la nobleza indígena,

pactó en cambio con los gobernadores de la ciudad. Gracias a ello, Motelchiuhtzin pudo mantenerse en el poder por estar desvinculado de los franciscanos, los acérrimos enemigos del oidor. Situación similar fue la de Martín Ecatzin, general militar (*tlacatecatl*) en Tlatelolco durante la Conquista, quien también acompañó a Cortés a Las Hibueras y que fue nombrado gobernador de dicha ciudad entre 1529 y 1531.

Por otro lado, para ganarse la voluntad del cabildo español, Nuño de Guzmán le otorgó varias tierras —como parte de su fundo legal o ejido— en Guadalupe, Tenayuca y Coyoacán y otras regiones. En contraste, su actuación contra algunas autoridades indígenas ganó al presidente de la Primera Audiencia la enemistad de los miembros más influyentes de la Iglesia: fray Juan de Zumárraga —primer obispo electo recién llegado, en 1528, con el cargo de “Protector de indios” — y los franciscanos, quienes fueron violentados por delatar públicamente sus abusos.

En este periodo convulsivo que va entre 1524 y 1530, la guerra civil y la anarquía estuvieron a punto de estallar y todos hablaban de las “comunidades”, referencia a los alzamientos populares en España contra el gobierno de Carlos V. El rey se enteró de la situación gracias a Zumárraga y mandó a un grupo de jueces para que destituyeran a Guzmán y sus secuaces, y conformaran una nueva audiencia gobernadora.

A lo largo de sus nueve primeros años de vida, la nueva ciudad de México había sufrido profundos cambios en su fisonomía. El más notorio fue la paulatina suplantación de los antiguos *teocalli* para venerar a los dioses mesoamericanos con templos cristianos dedicados a los santos. Una de las iglesias más tempranas se construyó sobre el adoratorio de Tlatelolco consagrándose a Santiago, a quien se atribuyó el triunfo de la Conquista. Este guerrero, “matador de moros”, tuvo un importante papel simbólico durante las guerras contra los musulmanes en España y, según algunos, también se le había visto cabalgando en las batallas contra los indios.

La ermita de Santiago no fue la única que los conquistadores erigieron para dar gracias por la victoria. Desde muy pronto, donde iniciaba la calzada de Tlacopan se dedicó una capilla a san Hipólito, en cuyo día (13 de agosto) fue tomada la ciudad.

En 1528, el cabildo inició una fiesta oficial para conmemorar a dicho santo que consistía en trasladar el pendón real —supuestamente utilizado por Cortés en la Conquista— desde las casas consistoriales hasta su templo. Es muy probable que en 1531 una tercera capilla de acción de gracias, dedicada a la virgen María, se levantara al final de la calzada del Tepeyac, en una zona dependiente de Tlatelolco. Algunos historiadores han cuestionado que ese templo ya estuviera desde entonces bajo la advocación de Guadalupe, la patrona de Extremadura.

Otras dos ermitas fueron también edificadas para conmemorar, no el triunfo del 13 de agosto, sino la derrota de la Noche Triste un año antes. Al inicio de la calzada de Tlacopan, enfrente de san Hipólito, el conquistador de origen africano Juan Garrido mandó construir una ermita dedicada a los mártires de la conquista; se erigió como un osario para depositar los cráneos de los españoles sacrificados por los indios y rescatados del *tzompanli* de Tenochtitlan. Otra ermita dedicada a santa María de la Victoria se estableció en el cerro de Otoncalpulco, lugar donde los españoles pudieron resguardarse durante la huida de la Noche Triste.

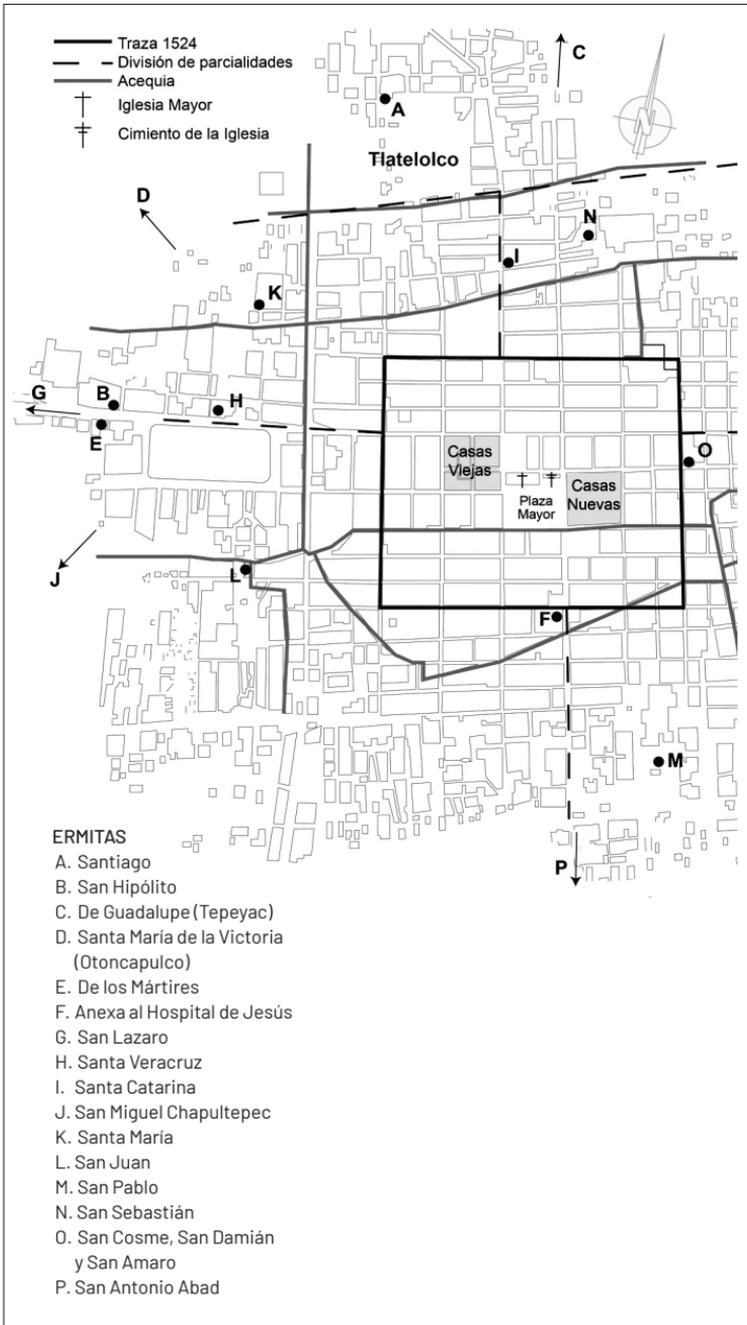
En 1524 existía también una pequeña capilla a la salida de la calzada de Iztapalapa, anexa al hospital de Jesús fundado por Cortés para los españoles pobres un año antes. En 1526, recién llegado de Las Hibueras, el mismo conquistador levantó una nueva ermita sobre la calzada de Tlacopan como sede de la cofradía de españoles de la Vera Cruz, la cual se puso bajo esta advocación en honor de su llegada a Chalchicueyecan y se hizo cargo de un hospital.

En ese mismo año de 1526, los sastres erigieron la capilla de San Cosme, San Damián y San Amaro en el oriente, a las afueras de la traza. Desde 1530, a la salida de las dos calzadas principales funcionaban también dos ermitas: una, dedicada a san Lázaro —estaba en la Tlaxpana sobre la salida a Tlacopan, a un lado del acueducto—; la otra, bajo la advocación de san Antonio Abad, la fundó un español —aparentemente de una familia Sánchez— en Xoloco, sobre la calzada de Iztapalapa. Es muy significativo que la mayor parte de esas primeras capillas se fundara en las principales entradas de la ciudad por iniciativa de seglares y no de eclesiásticos.

Las ermitas sacralizaban el espacio sometido, a la vez que fungían como elementos de memoria vinculados con el proceso de conquista. Así, esta primera apropiación religiosa del espacio urbano por los conquistadores muestra el papel fundamental que tenía el cristianismo en sus vidas. La mayor parte de esas capillas se volvió centro religioso de la ciudad y en sus orígenes todas ellas fueron atendidas por un incipiente clero secular, lo cual se convertiría en argumento de preeminencia de este sector sobre las pretensiones de los frailes. También bajo este clero comenzó a funcionar una iglesia mayor, construida después de la salida de Cortés a Las Hibueras pues antes las funciones religiosas se realizaban en la capilla del palacio del conquistador. Este clero secular, en apariencia disperso, se agrupó sobre todo en la zona oriente de la ciudad, en torno a donde poco más tarde el primer obispo establecería las casas episcopales en la actual calle de La Moneda.

A la par que estas primeras capillas “conmemorativas” se consolidaban, en esta convulsa etapa surgieron los primeros conventos masculinos de la urbe: el franciscano y el dominico. En 1523 llegaban a la capital virreinal los primeros misioneros franciscanos. Eran tres y venían de Flandes, la tierra de Carlos V, enviados directamente por el emperador: fray Peter der Moore (o Pedro de Gante) que era hermano lego, fray Johann van der Auwera (o Juan de Ayora) y fray Johann Dekkers (o Juan de Tecot). En tanto que la ciudad se encontraba en pleno saneamiento, los tres religiosos se quedaron residiendo en Texcoco. Un año después, y ya con la ciudad de México en funcionamiento, arribaron otros doce religiosos procedentes de Castilla, de una provincia recién reformada llamada descalza. Los envió el general de los franciscanos, bajo el mando de fray Martín de Valencia, místico con tendencias eremíticas. Bernal Díaz del Castillo relata el recibimiento que dio Cortés a estos frailes en junio de 1524, cómo se arrodilló ante ellos y mandó a los caciques indígenas, encabezados por Cuauhtémoc, que hicieran lo mismo. Tal acto dio a los religiosos, que venían descalzos y pobremente vestidos, una gran autoridad moral ante los indios.

Cuando llegaron los llamados Doce, la urbe estaba ya trazada y varios solares se habían repartido entre los conquistadores.



México Tenochtitlan (ermitas) 1521-1530

Cortés les dio un lugar privilegiado para que comenzaran a hacer su convento, a espaldas de su palacio, aunque no permanecieron ahí por mucho tiempo. Cuando el conquistador partió a Las Hibueras, los frailes decidieron trasladarse a las orillas de la traza española, la que crecía por el poniente, más cerca de la salida hacia la calzada de Tlacopan. Ahí quedó su conjunto conventual definitivo como enlace entre la ciudad española y los indígenas, particularmente en la frontera con el cuadrante de San Juan. Al ser además una zona cercana a tierra firme, con la fuente de agua a un lado, el entorno comenzó a recibir numerosa población española. Eso iba en contra de la idea original de los franciscanos que pretendían aislar a los indios de los españoles para evangelizarlos de forma más eficaz, evitar el “contagio” de los vicios europeos y lograr mayor control.

De hecho, en consonancia con la distribución política, se dispuso el cuidado de las almas de la población. Los españoles —teóricamente constreñidos en la traza— serían atendidos desde el Sagrario por el clero secular, mientras que los franciscanos se encargarían de los indios de Tenochtitlan y de Tlatelolco. En concreto, en cuanto a San Juan Tenochtitlan, los franciscanos se ocuparon, a manera de “visitas”, de cada uno de los cuadrantes en los que estaban distribuidos los indígenas.

Precisamente por ello, en las inmediaciones de su espacio conventual, los franciscanos establecieron la cabecera de doctrina desde la que evangelizarían a los indios de Tenochtitlan, poniéndola bajo la advocación de San José de los Naturales. Junto a su capilla, fray Pedro de Gante fundó una escuela de artes y oficios donde los jóvenes de la elite nahua recibieron instrucción, catecismo, latín y clases de música y pintura. Por ese tiempo, los frailes también debieron colocar en el cerro de Chapultepec una ermita dedicada al arcángel san Miguel para sacralizar el espacio donde se veneraban a divinidades del agua y para que con su “ayuda” las “idolatrías” fueran erradicadas.

Mientras los seráficos avanzaban y fortalecían sus vínculos con las autoridades indígenas, en 1526 desembarcó en Nueva España el primer contingente de dominicos. Junto con los doce predicadores al mando de fray Tomás Ortiz, llegó el juez Luis Ponce de León. El asentamiento de este nuevo hábito

no fue sencillo. Cortés regresaba de su fallida expedición a Las Hibueras y no les hizo el mismo recibimiento que a los franciscanos dos años antes. Por otro lado, fray Tomás hizo comentarios poco discretos para enemistar a Cortés con el visitador Luis Ponce de León, lo cual creó entre ambos una situación muy tensa. Tras ese difícil comienzo, después de la estancia de tres meses con los seráficos, y luego de habitar su primera vivienda en lo que luego fue el edificio de la Inquisición, los dominicos lograron iniciar la erección de su convento definitivo en 1528 en lo que había sido el palacio de Ahuítzotl, al norte de la traza.

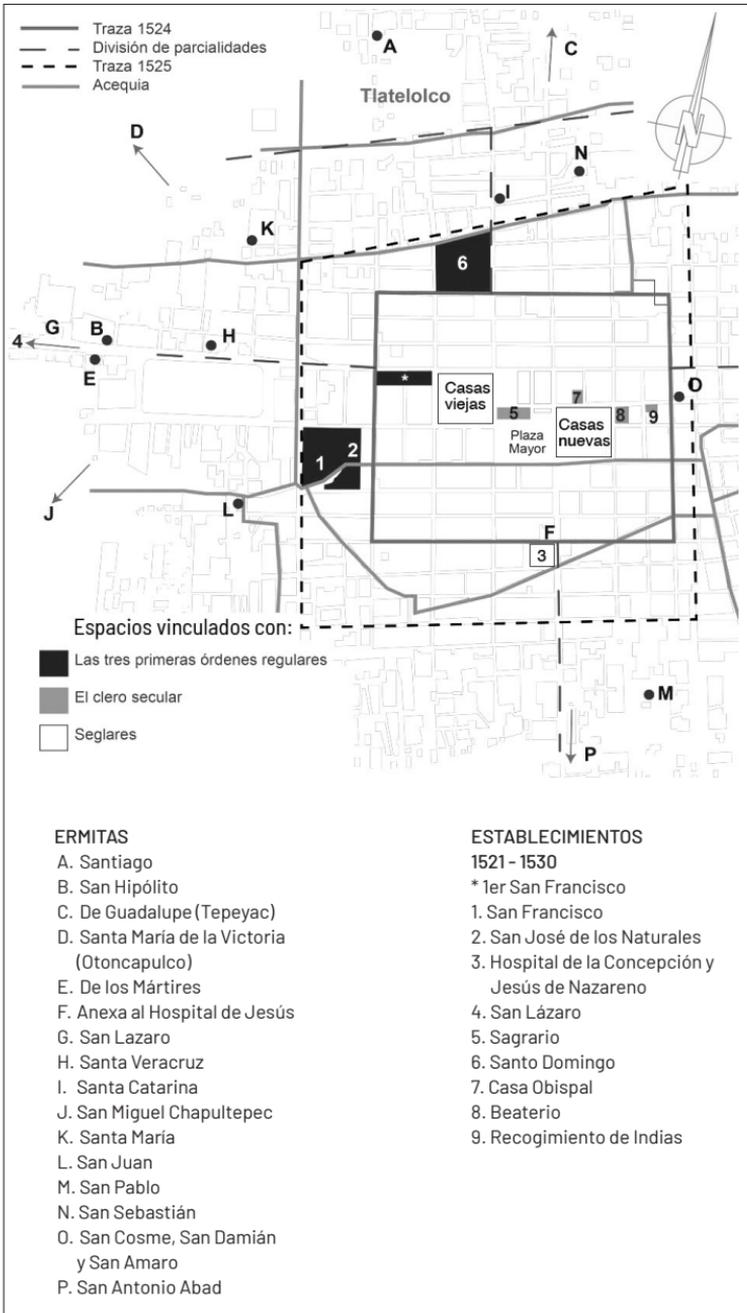
Ese primer convento dominico tuvo difícil inicio, pues el contingente de doce religiosos sufrió severa merma: varios murieron y otros, entre ellos el mismo Ortiz, regresaron a la península. Sólo quedaron en México tres frailes dirigidos por fray Domingo de Betanzos, hombre con inclinaciones eremíticas —como fray Martín de Valencia— y con moral muy rigurosa, a quien no debió agradar la afición de Cortés por el juego y las mujeres. Además, con la autoridad inquisitorial que le otorgaban las bulas pontificias que portaba, Betanzos persiguió a blasfemos y castigó las herejías para recordar a los españoles sus obligaciones como cristianos. Por ello, tampoco estaba muy convencido de que los frailes habitaran en los pueblos de indios, pues no sólo se debilitaría la observancia sino también se descuidaría la pastoral para los conquistadores.

El reducido número de sus miembros, la actitud abiertamente hostil en torno a la labor evangelizadora por parte de su dirigente y la crítica situación política retrasaron la actividad misional de los dominicos, que dio inicio hasta 1528 bajo un nuevo vicario, fray Vicente de Santa María. Para él, los frailes debían residir entre los indígenas, como lo hacían los franciscanos, pues era la única manera de dar seguimiento a la labor evangelizadora. Así desde su emplazamiento definitivo comenzaron a acercarse a la población española e indígena de los dos cuadrantes del norte de Tenochtitlan: Cuepopan y Atzacualco, así como al eje que salía hacia la calzada del Tepeyac. A partir de 1530, franciscanos y dominicos serían piezas clave en el desarrollo urbano y servirían como puentes entre la ciudad de los españoles y la de los indios.

Por ser los primeros en llegar a la urbe recién conquistada, los franciscanos se encargaron de la administración religiosa de los barrios de indios y de sus dependencias en los alrededores de la ciudad. Frente a la indiferencia del gobierno español por entender la compleja organización indígena, los religiosos reconocieron muy pronto la importancia que tenían sus divisiones y estructuras comunales. Al igual que Cortés, los franciscanos se dieron cuenta de que el control de la ciudad indígena era esencial, pues con sus tributos y su mano de obra se construía y se mantenía a la ciudad española, a la vez que se preservaba la infraestructura hidráulica. Así, los seráficos poco a poco tuvieron acceso a los distintos cuarteles a partir de las alianzas que generaron con los caciques de cada uno de ellos pues, como ya dijimos, cada uno era una entidad administrativa distinta, con un linaje tenochca a la cabeza.

Fray Pedro de Gante fue quizás quien discurrió conservar los cuatro rumbos prehispánicos de Tenochtitlan y convertirlos en unidades de gobierno espiritual alrededor de una capilla para la administración de la doctrina. Dichos templos se pusieron bajo las advocaciones que tenían algunas de las prestigiosas basílicas romanas, mostrando la intención de los frailes de hacer de la nueva ciudad la capital de la cristiandad americana.

Al noreste, en el barrio de Cuepopan —o en el de Tlaquechiucan— debió situarse la primera de esas ermitas erigida desde 1524; se puso bajo la advocación de santa María la Mayor, celebrada el 5 de agosto. En el suroeste de la ciudad, en Moyotlan, se erigió en 1526 la segunda capilla sobre el recinto de Izquiltán-Ticocyahualco y recibió como patrono a san Juan el Evangelista en recuerdo de la basílica romana de Letrán, cuya fiesta se celebraba el 27 de diciembre. La tercera ermita se construyó entre 1526 y 1529 en el barrio de Teopan, al sureste, sobre el antiguo templo de Huitznáhuac. Sus patronos fueron los apóstoles san Pedro y san Pablo, celebrados el 29 de junio, día de su martirio. Los franciscanos recibieron el predio para esta ermita de manos del gobernador Andrés de Tapia Motelchuitzin. La cuarta y última ermita en Tzacualco —luego conocido como Atzacualco—, se retrasó hasta principios de la década de los treinta. Tal dilación se debió a que el cuadrante era un



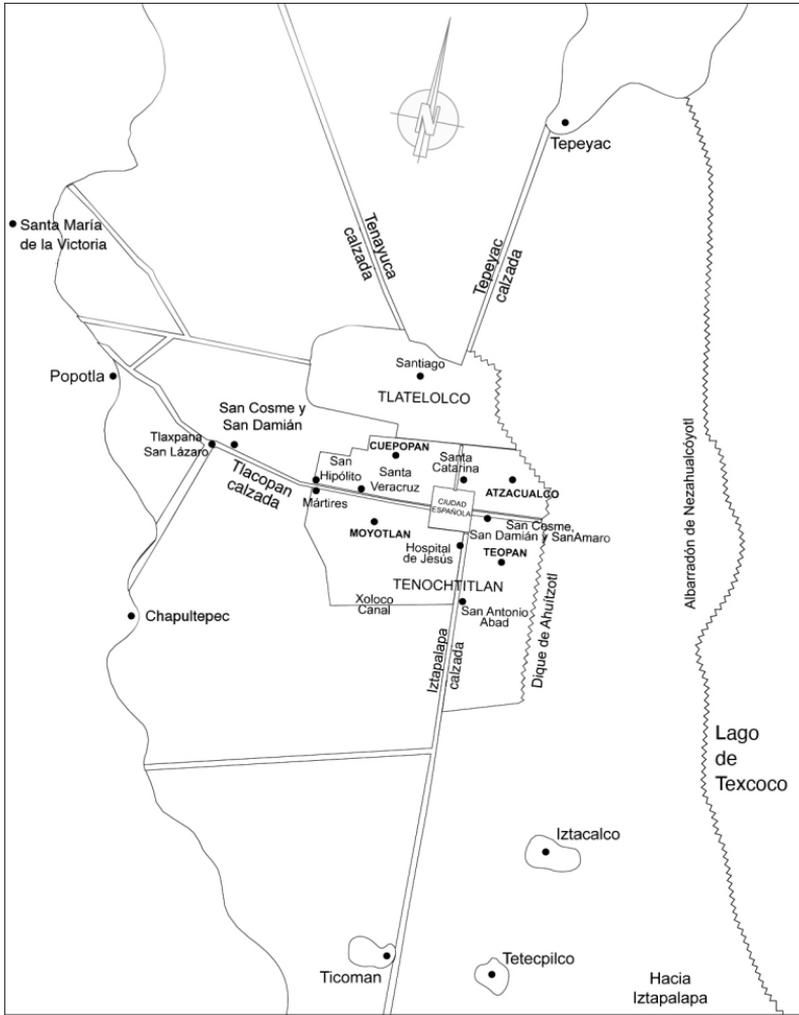
México Tenochtitlan 1521-1530

reducto del linaje de Moctezuma II, poco afecto a los franciscanos, y por evitar conflictos con los dominicos que tenían su conjunto conventual en las inmediaciones.

Además de visitar la ermita de cada cuadrante, los franciscanos abrieron también capillas en las poblaciones de tierra firme que dependían de Tenochtitlan, como Popotla, Iztacalco, Ticomán, Tetepilco y la ya mencionada de Chapultepec. Así, a partir de una cartografía devocional configurada con la erección de ermitas, los frailes, junto con los nuevos pobladores, se apropiaban de la cuenca.

Muy pronto, la ciudad española se extendió sobre la calle de Tacuba y sobre la calzada Iztapalapa (hoy 20 de noviembre) teniendo en mente que eran las salidas para huir ante un levantamiento indígena. Paulatinamente, las autoridades reales y los poderes eclesiásticos comenzaron a hacerse presentes, incidiendo en la expansión de la traza: los dos primeros conventos de regulares y la incipiente catedral sobre la Plaza Mayor generaron el crecimiento hacia el poniente y el norte de la ciudad. Junto con los servicios espirituales y hospitalarios, se pusieron en funcionamiento los necesarios para la subsistencia como la provisión de agua en la plaza, un matadero en el sur y un tianguis que, aunque pronto se extinguió junto con su encargado Juan Velázquez, se reestableció en Atzacualco casi de manera inmediata, quizás por intermediación de los Moctezuma que ahí habitaban.

Además, en gran medida se conservó la dinámica preexistente, es decir, los enlaces con diversas poblaciones de la cuenca, de lo que dan cuenta las diversas ermitas establecidas en el entorno. Seguían aún vigentes los vínculos familiares y clientelares en los *tlaxilacalli*; sus casas habitación alrededor de un patio central continuaban albergando a núcleos familiares extendidos, las chinampas aún eran la principal fuente de producción de alimentos para esa población que seguía con la costumbre de trasladarse en barcazas a través de los numerosos canales que corrían entre las áreas sembradas. El *calpulli* seguía vivo. Pero en la siguiente etapa comenzaron a esbozarse cambios ante la necesidad de asentar el poder de la Corona y a causa de la brutal disminución de la población indígena ocasionada por las epidemias y por los trabajos excesivos impuestos por los conquistadores.



La cuenca y la disposición de las ermitas 1521-1530